



¿Por qué pensar la resiliencia a la luz de la antropología evolutiva?

Why think about resilience with an evolutionary anthropology perspective?

Jesús Mauricio Castaño Mosquera*
Julián Andrés Lasprilla Burbano **

Rec: 4/02/2019
Acep: 21/06/2020

Resumen

Este artículo se elaboró a partir de la ponencia realizada en el Primer Congreso de Psicología Unicatólica: "La psicología en las ciencias sociales y humanas", producto del trabajo de investigación vinculado al proyecto *Antropología evolutiva, resiliencia y empatía*, patrocinado por la dirección de investigaciones de la Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium (septiembre 2017-2018). El objetivo principal es entablar un diálogo entre la antropología evolutiva de Charles Darwin y la noción de resiliencia, en aras de trazar un camino metodológico orientado por la teoría del apego que permita comprender los fundamentos evolutivos de la capacidad resiliente del ser humano.

Palabras clave: antropología evolutiva, resiliencia, pensamiento complejo, teoría del apego.

Abstract

This article was written from the conference given at the Primer Congreso de Psicología Unicatólica: "La psicología en las ciencias sociales y humanas" (Psychology in Social and Human Sciences), product of the research project *Antropología evolutiva, resiliencia y empatía* (Evolutionary anthropology, resilience and empathy), granted by the research direction of the Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium (September 2017-2018). The aim is to open a dialogue between Charles Darwin's evolutionary anthropology and the concept of resilience, in order to create a methodological route oriented by the attachment theory to understand the evolutionary foundations of human resilience.

Keywords: evolutionary anthropology, resilience, complex thought, systems theory, attachment theory.

* Profesional en Filosofía y magíster en Filosofía de la Universidad del Valle Cali, Colombia. Áreas de interés académico: antropología evolutiva; antropología filosófica; filosofía de la biología; etología y psicología comparada; ética animal; ética y bases biológicas de la moral; filosofía francesa contemporánea; crítica epistemológica del racismo; escritura y metodología de la investigación. Correo electrónico: mauriciocastañomosquera@gmail.com; Orcid: (n.d)

** Licenciado en Filosofía de la Universidad del Valle, Cali, Colombia, magíster en Filosofía y Críticas Contemporáneas de la Cultura de la Universidad Paris 8, Francia, master en Psicoanálisis de la misma universidad y formado en la Sección Clínica de Paris-Saint-Denis. Profesor del Programa Académico de Psicología en la Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium, Cali, Colombia. Sus áreas de investigación giran en torno a los nexos entre filosofía contemporánea, psicología evolutiva, psicoanálisis lacaniano y literatura. Correo electrónico: julianandreslasprilla@gmail.com; Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-4755-7207>

Introducción

Este artículo está consagrado al tema del estudio evolutivo de la especie humana (*Homo sapiens*) y de su capacidad para la resiliencia, entendidas ambas como estrategias de supervivencia. Para nadie es un secreto que todos los seres humanos tenemos que afrontar, a lo largo de nuestras vidas, eventos que ponen a prueba nuestra capacidad de supervivencia. Desde la prehistoria hasta nuestros días, la especie humana ha debido enfrentarse a los problemas planteados por sus entornos ecológico y social, viéndose obligada a repararse en sociedad, y a cooperar con los otros para solucionar problemáticas de tipo ecológico, sociocultural y psicológico.

En este escrito se pretende responder la siguiente pregunta: ¿Por qué es importante pensar la resiliencia a la luz de la antropología evolutiva? ¿Es posible hacer una historia evolutiva del ser humano desde el punto de vista de la resiliencia? En este sentido, este artículo tiene el objetivo preciso de explorar la posibilidad de responder afirmativamente a este interrogante. Para dicho propósito, el siguiente plan de trabajo es el siguiente: en primer lugar, se aborda el campo de estudio denominado aquí *antropología evolutiva* y en segundo lugar, se aproximan los estudios sobre resiliencia.

Antropología evolutiva

La teoría de la evolución, propuesta inicialmente por Charles Darwin y Alfred Russel Wallace, cambió radicalmente la manera en la que se concebía el fenómeno de la vida. Para estos dos naturalistas, toda la variedad de organismos tenían una larga y compleja historia evolutiva que los vinculaba con un ancestro común único:

Estoy completamente convencido de que las especies no son inmutables y de que las que pertenecen a lo que se llama el mismo género son descendientes directos de alguna otra especie, generalmente extinguida, de la misma

manera que las variedades reconocidas de una especie son los descendientes de esta. Además, estoy convencido de que la selección natural ha sido el medio más importante, pero no el único, de modificación. (Darwin, 2007, pp. 55-56).

En este sentido, los seres vivos no habrían sido el producto de un acto divino de creación sino, más bien, el producto de un proceso de evolución biológica de “descendencia con modificación”, dado a través de las eras geológicas del planeta Tierra.

En 1859, Darwin publicó *El origen de las especies por medio de la selección natural*, el cual propone como mecanismo de evolución biológica la selección natural, que opera en los organismos, de manera general, mediante “[...] la conservación de las diferencias y variaciones individualmente favorables y la destrucción de las que son perjudiciales [...]” (Darwin, 2007, pp. 136-137). Así se logra la adaptación de los organismos a los ambientes que cambian. Nótese que el mecanismo evolutivo propuesto por Darwin no implica la noción de progreso, como erróneamente se tiende a creer:

Según nuestra teoría, la persistencia de organismos inferiores no ofrece dificultad alguna, pues la selección natural, o la supervivencia de los más adecuados, no implica necesariamente desarrollo progresivo; saca s[ó]lo provecho de las variaciones a medida que surgen y son beneficiosas para cada ser en sus complejas relaciones de vida. (Darwin, 2007, pp. 186-188)

Con *El origen de las especies por medio de la selección natural*, Darwin realizó un gran giro en el naciente pensamiento biológico de su época. Aún así, esta obra poseía un gran vacío: Darwin aplicó su mecanismo de evolución biológica a todos los organismos, excepto a uno: el ser humano (*Homo sapiens*). La aplicación de la teoría de la evolución a la especie humana tuvo que esperar más de una década.

En 1871, Darwin publica *El origen del hombre*, el cual busca construir una historia natural de la especie humana a la luz de los mecanismos de la selección natural y la selección sexual. Este libro se puede considerar como el primer tratado de antropología biológica que intenta superar una visión antropocéntrica de la especie humana. En este sentido, Darwin argumenta en esta obra el origen común de la especie humana con otras especies vivientes en virtud de los estudios realizados en anatomía comparada y embriología:

Así pues, podemos comprender cómo ha sido que el hombre y los demás animales vertebrados se hallan construidos según el mismo modelo general, por qué atraviesan idénticos estadios tempranos de desarrollo, y por qué, finalmente, conservan ciertos rudimentos comunes. Por consiguiente, hemos de admitir con toda franqueza su comunidad de origen; adoptar cualquier otra hipótesis equivale a admitir que nuestra propia estructura, y la de los animales que nos rodean, son sencillamente artimañas, dispuestas para engañar a nuestro entendimiento. Esta conclusión adquiere gran fuerza cuando contemplamos los miembros de toda la serie animal y consideramos las pruebas que nos suministran las afinidades o clasificación, su distribución geográfica y sucesión geológica. Únicamente es nuestro propio prejuicio, y la arrogancia que hizo que nuestros antepasados se declararan descendientes de semidioses, lo que nos hace poner reparos a esta conclusión. Pero no está muy distante el día en que causará admiración que naturalistas conocedores de la estructura comparada y del desarrollo del hombre y de los demás mamíferos hayan podido creer que cada uno fue obra de un acto separado de creación. (Darwin, 2009, p. 29)

Así pues, Darwin defendía la tesis de que la especie humana habría emergido en el continente africano y compartía ancestros comunes con

primates no humanos, lo cual fue comprobado años más tarde por los hallazgos hechos en el campo de la paleontología humana, sin dejar de lado los estudios de la *sistemática molecular* que corroboraron, de manera contundente, la gran cercanía genética entre la especie humana (*Homo sapiens*) y el chimpancé (*Pan Troglodytes*). Compartimos un 98 % del material genético. En palabras de Darwin:

[...] En cada gran región del mundo, los mamíferos actuales están estrechamente emparentados con las especies extinguidas de la misma región. Por ello es probable que África estuviera antigüamente habitada por simios extinguidos muy afines al gorila y el chimpancé; y puesto que en la actualidad estas dos especies son las más afines al hombre, es algo más que probable que nuestros primeros progenitores vivieran en el continente africano que en otro lugar. (Darwin, 2009, p. 202)

Ahora bien, es preciso poner énfasis en que desde los tiempos de Darwin hasta nuestros días el conocimiento de la especie humana ha, digámoslo así, progresado algo, sin que ello signifique que la investigación haya agotado el objeto de estudio que es el ser humano. Para hablar de la especie humana (*Homo sapiens*) es preciso decir que es un ser vivo, lo cual significa que es una organización particular de la materia. Esto significa que el *Homo sapiens* es un ser que consta de características propias de los seres vivos, propiedades emergentes.

En 1973, Edgar Morin (2005), sociólogo y filósofo francés, propuso en su libro *Le paradigme perdu: la nature humaine*, estudiar al ser humano más allá de la división entre naturaleza y cultura, caracterizada por poseer visiones cerradas y deterministas del ser humano, tanto en el campo de los estudios biológicos como en los estudios culturales. En palabras de Morin, tanto el *biologismo* -visión cerrada y determinista del organismo- como

el *antropologismo* –visión cerrada, insular y sobrenatural del hombre–, debían ser superados. Hacer una reforma del estudio de la especie humana implicaba estudiarla en toda su complejidad con el fin de renovar su *estatus ontológico*.

Lo anterior supone que la especie humana es una organización particular de la materia que existe en el universo y que tiene características propias con respecto a otras formas de organización de la materia. O lo que es lo mismo:

Es a partir de estos átomos, desintegrados y vueltos a formar en el curso de varios miles de millones de años, que se formaron todas las estrellas y los planetas de nuestro Universo, incluidos nuestra estrella y nuestro planeta. Y es a partir de los átomos presentes en este planeta que se plasmaron y evolucionaron los sistemas vivos. Cada átomo de nuestro propio cuerpo tiene su origen en esta enorme explosión que ocurrió. Somos carne y hueso, pero también somos polvo de estrellas. (Curtis-Barnes et. al., 2001, p. 27)

En este sentido, lo primero que tenemos que decir es que los seres humanos somos sistemas vivos autorregulados informáticamente y estamos hechos de materia biótica, la cual es una organización de la materia físicoquímica. Para entender lo que es el ser humano se deben resignificar los conceptos de vida, animal, naturaleza y ecología.

Desde el punto de vista de la biología es importante señalar que el concepto de vida y, por ende, el de ser humano, debió superar dos grandes paradigmas: *el mecanicismo y el vitalismo*. Para el primero, el mundo orgánico tenía una explicación puramente mecánica, mientras que para el segundo, el mundo orgánico estaba habitado por una especie de fuerza vital (conocida como *Lebenskraft* o *élan vital*) de la cual no se tenía prueba alguna. Es así que nace el organicismo como un nuevo modelo

explicativo en biología, cuya finalidad es explicar la complejidad de los seres vivos.

En esta perspectiva, Ernst Mayr, uno de los biólogos y filósofos de la biología más importantes del siglo XX, afirma lo siguiente:

La caída del vitalismo, lejos de significar la victoria del mecanicismo, dio lugar a un nuevo sistema explicativo. Este paradigma aceptaba que los procesos a nivel molecular se podían explicar perfectamente por mecanismos fisicoquímicos, pero que dichos mecanismos tenían una influencia cada vez menor, sino nula, en los niveles superiores de integración. Las características exclusivas de los organismos vivos no se deben a su composición, sino a su organización. En la actualidad, a esta manera de pensar se la suele denominar organicismo. Insiste de manera especial en las características de los sistemas más complejos y organizados, y en la historia evolutiva de los programas genéticos de los organismos. (Mayr, 1998, p. 31)

En este sentido, la especie humana es una forma de organización de la materia fisicoquímica llamada ser vivo, ello implica que tiene ciertas características que le diferencian de lo que se suele llamar una organización *abiótica* de la materia fisicoquímica disponible en el universo. De manera mucho más precisa, el ser humano es un ser vivo o *sistema complejo* rico en propiedades emergentes, las cuales no necesariamente son explicables a partir de sus componentes fisicoquímicos elementales. Esto quiere decir que los seres humanos son sistemas autorregulados por medio de un programa informático de carácter genético que, a su vez, hace posible la existencia de un sistema de procesamiento de la información y gestor del comportamiento llamado cerebro, el cual hace posible la flexibilidad comportamental.

Con respecto al tema de la *emergencia*, Morin resalta la importancia de su estudio en lo que concierne al ser humano:

*L'idée qui me semble très importante est celle d'émergence. Dès que vous avez un ensemble organisateur, il produit des qualités nouvelles qui ne sont pas des éléments isolés. Or, pour que l'esprit émerge du cerveau, il faut non seulement que ce cerveau soit stimulé par l'environnement maternel, le langage qu'on apprend, la culture. Autrement dit, l'esprit n'est possible que s'il y a culture et cerveau.*¹ (Morin, 2000, p. 18)

Los seres humanos, al ser sistemas vivos, poseen ciertas características de las cuales carece la organización abiótica de la materia, como los son, para utilizar algunos conceptos de Mayr (1998, pp. 36-37): "programas evolucionados", "propiedades químicas", "mecanismos reguladores", "organización", "sistemas teleológicos", "orden de magnitud limitado", "ciclo vital", "sistemas abiertos".

En este sentido, Mayr afirma que los sistemas vivos son complejos y se diferencian de la materia inanimada por lo siguiente:

No existen en el mesocosmos sistemas inanimados que sean tan complejos como los sistemas biológicos de las macromoléculas y células. Estos sistemas son ricos en propiedades emergentes porque constantemente aparecen nuevos grupos de propiedades en cada nivel de integración. El análisis aporta casi siempre una mejor comprensión de estos sistemas, aunque la reducción en el sentido estricto de la palabra es imposible [...]. Los sistemas biológicos son sistemas abiertos; los principios de entropía,

por lo tanto, no son aplicables. A causa de su complejidad, los sistemas biológicos se encuentran ricamente dotados con capacidades tales como la reproducción, el metabolismo, la replicación, la regulación, la adaptación, el crecimiento y la organización jerárquica. En el mundo inanimado no existe nada por el estilo. (Mayr, 2006, p. 46)

Desde un punto de vista evolutivo, lo primero que se tiene que aclarar es que el ser humano es una especie animal, más precisamente una especie de primate de origen africano llamada *Homo sapiens*. La historia de la especie humana se puede ver en dos sentidos: el diacrónico y el sincrónico. En sentido diacrónico, el estudio del *Homo sapiens* corresponde al análisis del registro fósil de las diferentes especies zoológicas pertenecientes al género taxonómico *Homo*, objeto de estudio de la paleoantropología. En sentido sincrónico, el estudio del *Homo sapiens* se enfoca en el análisis de la población actual y de sus vínculos evolutivos con otros primates no humanos de origen africano. Así, el *Homo sapiens* se ha clasificado de la siguiente manera. Orden: primates; suborden: *Haplorhini*; Infraorden: *Catarrhini*; superfamilia: *Hominoidea*; familia: *Hominidae*; género: *Homo*; especie: *Homo sapiens* (Cf. Curtis-Barnes et. al., 2001, pp. 647-652; Thomas-Picq, en Coppens-Picq et. al., 2004, pp. 84-85; Senut, en Coppens-Picq et. al., 2004, pp. 176-177; Crubézy-Braga-Larrouy, 2008, p. 44).

Así pues, hablar de la historia de la especie humana implica hablar, como lo sugiere el paleoantropólogo Yves Coppens, de una histórica profunda: "[...] l'histoire de l'homme fait partie de l'histoire de la vie qui fait partie de l'histoire de la Terre qui fait partie de l'histoire de l'univers."² (Coppens, 2006, p. 16).

1 "La idea que me parece muy importante es la de emergencia. Desde que se tiene un conjunto organizador, produce cualidades nuevas que no son elementos aislados. Ahora bien, para que la mente emerja del cerebro, no es necesario solamente que el cerebro sea estimulado por el entorno maternal, el lenguaje que se aprende, la cultura. Dicho de otro modo, la mente no es posible sino hay cultura y cerebro." (La traducción es nuestra).

2 "[...] la historia del hombre hace parte de la historia de la vida que hace parte de la historia de la Tierra que hace parte de la historia del universo." (La traducción es nuestra).

Desde el punto de vista del comportamiento, el *Homo sapiens* es una especie que ha evolucionado con una marcada habilidad para la flexibilidad comportamental, el aprendizaje social, la cultura, el pensamiento simbólico, el lenguaje articulado, las habilidades socioafectivas de vinculación interindividual (empatía, cooperación y sentido de justicia); mecanismos de resolución de conflictos, resiliencia, etcétera, que le convierten en una especie obligatoriamente social. Todas estas capacidades son propiedades emergentes de un sistema complejo que tienen dentro de sus funciones asegurar la supervivencia de la especie.

Es así que el sistema complejo que es el organismo humano presenta propiedades emergentes a partir de las cuales se configura su singularidad. El *Homo sapiens* es, para utilizar una de las expresiones de la etología clásica, un ser de programas abiertos de comportamiento que le permite tener una apertura al mundo (*Weltöffnenheit*).

Desde los tiempos de Darwin hasta la actualidad, las ciencias de la vida han realizado avances importantes a partir de los cuales la especie humana (*Homo sapiens*) se ha podido comprender de mejor manera. Sin embargo, todavía se desconocen muchos aspectos de ese objeto de estudio que es la especie humana. El camino de la investigación antropológica todavía está abierto. En este sentido, esta investigación adopta un enfoque evolutivo e interdisciplinario en su marco de referencia teórico porque es, a nuestro juicio, una estrategia metodológica capaz de tener una visión histórica y natural de la especie humana sin necesidad de recurrir a conceptos metafísicos o a fuerzas sobrenaturales, ambos imposibles de corroborar empíricamente. Finalmente, un marco de referencia evolucionista e interdisciplinario permite explicar la emergencia y valores de adaptación de algunas capacidades del ser humano. Y es dentro de este contexto que se aborda la resiliencia.

Resiliencia, capacidad emergente y vínculos afectivos

El término resiliencia proviene del campo de la física y la ingeniería de materiales para dar cuenta del amortiguamiento de un cuerpo frente a una presión externa. En las ciencias sociales y humanas se adoptó la noción de resiliencia de manera metafórica para estudiar la habilidad humana de retomar el curso de un desarrollo psicológico sano ante una experiencia traumática y las adversidades de la vida. Hoy en día, la noción de resiliencia ha abierto una vía para el estudio de un paradigma ontológico y epistemológico sobre la comprensión de la capacidad humana de reorganizarse biopsíquicamente de manera favorable frente a la adversidad, la vulnerabilidad y la amenaza de destrucción proveniente del entorno. Dicha capacidad es relativa a la función adaptativa del ser humano a los ambientes ecológicos cambiantes y a su flexibilidad comportamental, características que le han permitido transitar desde los eventos traumatizantes hacia la emergencia *poiética* de los diversos mecanismos simbólicos convertidos en historias humanas que escapan del destino trágico y la causalidad predictiva impuestos por el trauma. En este sentido, pensamos la resiliencia como una capacidad humana *emergente* que permite afrontar los cambios críticos de una persona en relación con su entorno e incluso salir metamorfoseada por los mismos. Ahora bien, de acuerdo con el neuropsiquiatra francés Boris Cyrulnik (Cyrulnik y Duval, 2006), para evitar los *a priori ideológicos* y que la resiliencia se convierta en un instrumento comercial producto del imperativo del consumo de los ideales de éxito y felicidad, es importante circunscribirla a un método de observación que instaure las bases epistemológicas y ontológicas de la resiliencia, cuyos orígenes se pueden localizar en la teoría del apego propuesta por John Bowlby (1998).

Según el psicoanalista francés Olivier Douville (2004), un grupo de psicoanalistas encabezados por Jenny Aubry, se interesaron en ir a la clínica Tavistock en Londres para estudiar cómo los métodos de

observación podrían contribuir con el análisis de las interacciones humanas precoces y los efectos de la pérdida temprana del objeto amado en la vida anímica de los seres humanos. Es allí donde los primatólogos y etólogos como Robert Hinde y Konrad Lorenz, compartían espacios académicos con Jean Piaget. Todos ellos influenciaron el trabajo del psicoanalista británico John Bowlby, quien estaba convencido de que el análisis de ciertos comportamientos de apego, interacción y proximidad humana darían acceso al mundo íntimo de los infantes. Lo anterior, vendría a constituir el marco teórico epistemológico y ontológico de la teoría del apego, el cual parte de la teoría de relaciones objetuales del psicoanálisis anglosajón, cuyo énfasis sitúa, por un lado, la importancia de la formación de los vínculos afectivos precoces y sus efectos ante la pérdida de ellos; y por otro lado, las observaciones comparativas entre animales no humanos y seres humanos descritos por la etología que nos han orientado sobre la comprensión de la historia del comportamiento humano a nivel evolutivo.

De acuerdo con las observaciones de animales no humanos, en particular de primates no humanos, el comportamiento de apego tiene lugar en los jóvenes quienes establecen una relación temprana y cercana con un adulto, la mayoría de las veces la madre. Este vínculo permite que exista el apego, cualidad fundamental para la supervivencia de las especies tanto animales no humanas como humanas. De este modo, las investigaciones en etología permitieron verificar empíricamente que el adulto no solo se asegura de alimentar y proteger al infante sino que también establece un vínculo afectivo y cooperativo, ambos indispensables para su desarrollo ontogenético y filogenético, tanto a nivel individual como a nivel grupal, e incluso para la especie. Es así como la etología nos mostró que el apego está relacionado con la necesidad de establecer lazos de proximidad entre dos o más individuos. Vínculos que se organizan, se pierden, se fracturan y se reorganizan a lo largo del ciclo vital.

Las observaciones de John Bowlby (1998) destacaron el apego como el tipo de relación que se establece entre una madre, un adulto predilecto o un tutor de desarrollo, y un niño debido a su dependencia o necesidad primaria de cuidado y protección ante la vulnerabilidad que tiene el infante frente a su entorno durante sus primeros años de vida. La privación temprana del niño con este tipo de apego o vínculo con la madre o tutor de desarrollo tendría consecuencias negativas para su desarrollo a nivel emocional y cognitivo. Por esta razón, el apego es un comportamiento compartido por muchas especies animales, incluida la especie humana, caracterizada por la necesidad primaria de establecer vínculos emocionales y afectivos con el otro. Todos los neonatos, sean de mamíferos humanos o no humanos, requieren la presencia de una madre o tutor de desarrollo que represente una base segura de supervivencia. La pérdida, e incluso la misma amenaza de atentar contra dicho vínculo de apego, constituye para el ser humano, en, y desde, sus primeros meses de vida, la causa de una experiencia traumática que podría comprometer negativamente el desarrollo ulterior de sus vínculos afectivos.

Una adecuada base de apego seguro le permitiría al infante desarrollar herramientas de aprendizaje en cuanto a la organización y reorganización emocional y cognitiva, lo cual le permiten enfrentar diversas experiencias tales como la soledad, la frustración, la separación y demás situaciones de posible desestabilización emocional. De allí encontrariamos una posible génesis humana sobre la flexibilidad de maniobrar los acontecimientos inesperados de la vida, la libertad de aventurarse en el mundo de los otros y construir, por supuesto, una confianza en sí mismo. Confianza elaborada a partir de la relación temprana de un apego seguro entre la madre o tutor de desarrollo con el niño. De este modo, podemos encontrar tanto en John Bowlby, conocido hoy en día como el padre de la teoría del apego, tanto como en Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, el interés de los efectos de las experiencias tempranas infantiles en el desarrollo psíquico y evolutivo del niño.

Por un lado, frente al trauma de separación, tanto Freud como Bowlby coinciden en la importancia de observar las cualidades de la separación del vínculo materno como un acontecimiento que podría ser potencialmente dañino para el infante, en particular durante sus primeros meses de vida. No obstante, Bowlby se interesa en observar esas respuestas del niño una vez ha sido separado de su madre. Le llama la atención por las diversas manifestaciones que tiene el infante en momentos de reencontrarse con su madre: ansiedad, ambivalencia y desapego, producidos por la separación.

Por otro lado, la psicóloga estadounidense Mary Ainsworth (1978), siguiendo la línea investigativa de Bowlby, constató que cuando la madre le otorga al niño un vínculo con una base sólida o *un apego seguro*, desde la cual el niño abre la puerta de su mundo íntimo para explorar el mundo exterior, generalmente no presenta algún tipo de ansiedad cuando se reencuentra con su madre posteriormente. En este punto, Mary Main (1990) coincidió con Bowlby y Ainsworth, y además propuso cuatro tipos diferentes de apego que expresan el proceso de organización mental de haber internalizado la calidad del vínculo afectivo entre el niño y la madre o tutor de desarrollo. Estos son: el *apego seguro*, que se forma a partir de la seguridad interna que la madre o el tutor de desarrollo le transmitió al infante; el *apego inseguro-evasivo*, latente en los pequeños indiferentes que no manifiestan intenciones de

reencontrarse con la madre o tutor de desarrollo; el apego *inseguro-ambivalente*, característico de los niños que manifiestan angustia por separación; y por último, el *apego desorganizado*, que se identifica a partir de la mezcla de los tipos de apego ambivalente y evasivo.

A partir de lo anterior, hemos identificado la manera en que los vínculos afectivos y las interacciones tempranas son fundamentales en el devenir humano. Además, el estudio de dichos lazos nos permite comprender la naturaleza compleja del ser humano, marcada por la flexibilidad comportamental, donde las experiencias de proximidad entre el niño y la madre o tutor de desarrollo inciden en el devenir resiliente o la capacidad emergente de confrontar un trauma. Según Peter Fonagy (Fonagy, 2001), la resiliencia tendría como base epistemológica y ontológica un estilo de apego seguro, la cual le permite al infante y posterior adulto contener, transformar y reorganizar su mundo afectivo y emocional. Además, la teoría del apego resalta la manera en que la resiliencia encuentra un sustento evolutivo a través de los aportes de la etología, mostrándonos que la resiliencia es una capacidad emergente del ser humano ante los retos y las adversidades sociales y medioambientales. Así, los estudios sobre la resiliencia se interesan en los estilos de apego porque estos permiten comprender a un vasto número de investigadores, entre ellos los que se dedican a la clínica, la relación del ser humano con los otros, con su entorno y consigo mismo.

A modo de conclusión

Para concluir, es posible aseverar, de entrada, que una matriz de pensamiento evolutivo permite estudiar casi cualquier fenómeno en términos de historia profunda, para llamar de manera alegórica a la *filogenia*. La mayoría del tiempo se olvida que los seres humanos constituyen una especie zoológica que ha evolucionado a lo largo del tiempo y, por tanto, lo más lógico es pensar las capacidades humanas como resultado de un proceso evolutivo. Esto recuerda las sabias palabras de Dobzhansky (1973), uno de los arquitectos de la teoría sintética de la evolución: "Nothing in Biology Makes Sense Except in the Light of Evolution" ("Nada en biología tiene sentido si no es a la luz de la evolución"). Ahora bien, el nombre del ensayo de Dobzhansky encierra una fuerte sugerencia metodológica: los objetos de estudio biológicos –eso incluye a la especie humana– no se deberían estudiar sin tenerse en cuenta que son seres biológicos y que, por tanto, cuentan con una *historia evolutiva*.

Es así como en el presente escrito se intentó construir un puente entre el fenómeno de la resiliencia como reacción a eventos traumáticos y las estrategias de supervivencia con las que cuenta la especie humana. En el fondo, si se habla de estrategias de superación de eventos traumáticos, se hace referencia a estrategias de supervivencia que un ser vivo despliega para salvaguardar su vida. Ahora bien, la *vida psíquica* no es una antítesis de la *vida biológica* en sí (ni siquiera se debería plantear tal división). La vida psíquica es vida biológica: es un fenómeno emergente. Así, pues, el enfoque evolutivo permite entender desde los procesos biológicos más básicos que sustentan la vida de un organismo, como los fenómenos emergentes, por ejemplo el lenguaje, el pensamiento simbólico o las emociones más complejas.

Referencias

- Ainsworth, M. D., Blehar, M. C., Waters, E., y Wall, S. N. (1978). *Patterns of Attachment: A psychological study of strange situation*. Lawrence Erlbaum Associates Inc.
- Bowlby, J. (1998). *El apego y la pérdida. Vol. 1: El apego* (M. Valcarce, trad.). Paidos.
- Coppens, Y. (2006). *Histoire de l'homme et changements climatiques*. Fayard.
- Coppens, Y-Picq, P. (2004). *Los orígenes de la humanidad. De la aparición de la vida al hombre moderno* (vol. 1). Espasa.
- Curtis, H.-Barnes, S. N. et. al. (2001). Biología (6º ed.). Editorial Médica Panamericana.
- Cyrulnik, B., y Duval, P. (2006). *Psychanalyse et résilience*. Odile Jacob.
- Crubézy, É-Braga, J.-Larrouy, G. (2008). *Anthropobiologie. Évolution humaine*. Elsevier Masson.
- Darwin, C. (2007). *El origen de las especies*. Alianza.
- Darwin, C. (2009). *El origen del hombre*. Crítica.
- Dobzhansky, T. (1973). Nothing in biology makes sense except in the light of evolution. *American Biology Teacher*, 35, 125-129.
- Douville, O. (2004). "Jenny Aubry: Psychanalyste des enfants séparés". Préface d'Élisabeth RouDN
- Fonagy, P. (2001). *Attachment theory and psychoanalysis*. Other Press.

- Harlow, H. (1959). *The development of affectional patterns in infant monkeys*. Inb. M. Foss ed.
- Hinde, R. (1970). *Animal behavior: a synthesis of ethology and comparative psychology* (2^o ed.). McGraw-Hill.
- Lorenz, K. (1970). Der Kumpan in der Umwelt des Vogels. *Journal of Ornithology*, 83, 1935.
- Main, M. (1990). Cross-cultural studies of attachment organization: Recent studies, changing methodologies, and the concept of conditional strategies. *Human Development*, 33, 48-61.
- Mayr, E. (1998). *Así es la biología*. Debate.
- Mayr, E. (2006). *Por qué es única la biología*. Consideraciones sobre la autonomía de una disciplina científica. Katz.
- Morin, E. (2005). *El paradigma perdido. Ensayo de bioantropología*. Kairós.
- Morin, E. (2000). *Dialogue sur la nature humaine*. Éditions de l'Aube.